

cada caso con los antecedentes. Las creencias relativas á esos otros mundos pueden sufrir modificaciones sin fin, puede introducirse en ellas imposibilidades que las hagan ilógicas. Pero lo que hay que notar es que la mansion de los inficanos, tal como los Griegos concebían el Hades, que no era un lugar horrible para los primeros descendientes de una raza de trogloditas, puede sufrir una modificación que acentúe la diferencia para llegar á ser una mansion sombría, y por último, un lugar de castigo, por el solo hecho del contraste que lo opone á los mejores lugares á que van otras almas, á saber, las islas del Occidente destinadas á los valientes, y las mansiones celestes para los favoritos de los dioses. Finalmente, hay que notar aun que las regiones inhospitalarias á que los rebeldes son relegados, dan un origen análogo al Tártaro y á la Gehena (1).

Del mismo modo puede interpretarse la concepción de otro mundo de que nos falta hablar, situado encima ó fuera de éste. La transición de una mansion sobre una montaña á una morada en el cielo, tal como los hombres primitivos conciben el cielo, no presenta ninguna dificultad.

Muchos pueblos tienen la costumbre de sepultar en las montañas, y ya hemos visto que hay regiones, Borneo por ejemplo, en que la costumbre de depositar los restos de un jefe en cumbres de difícil acceso, existe al lado de la creencia de que los espíritus de los muertos habitan en las cimas de las montañas. Es probable que en estos casos la costumbre sea causa de la creencia; pero bien pronto vamos á ver que una creencia en apariencia semejante, puede tener en otros casos distinto origen. Aquí, sin embargo, limitémonos á observar que «la más alta montaña que se tiene á la vista» pasa por ser un mundo poblado por los muertos, y que la lengua rudimentaria de los salvajes confunde estas dos cosas, la mansion sobre un pico elevado en los cielos y la morada en los cielos. No olvidemos que en un principio el hombre toma el cielo por una cúpula sostenida por estos soberbios picos, y comprenderemos que de aquí ha debido deducir que los habitantes de estas alturas tienen un acceso fácil al firmamento. Una vez establecida esta creencia, se desarrolla, hasta pudiendo salir de ella una idea nueva, á saber, que hay cielos distintos los unos de los otros y habitados por jerarquías de espíritus.

(1) Estaba ya en prensa este pliego, cuando encontré en la más antigua de las leyendas conocidas, el relato babilónico del diluvio, la prueba de que el cielo, tal como se le concebía, era el territorio de donde había venido la raza conquistadora. La residencia de los dioses á que Xisithrus es trasportado en recompensa de su piedad, está «situada en el golfo Pérsico, cerca de las bocas del Éufrates,» y Mr. Smith indica que era la región sagrada de donde habían venido los seres que habían enseñado las artes á los Babilónicos y á quienes éstos tributaban culto.

Pero, como ya lo hemos indicado, el origen que hace descender á los hombres de lo alto, que impulsa á creer que los muertos viven sobre las cimas ó en los cielos, no es el único origen posible; hay otro que es hasta probable y que no lleva á la misma conclusión; al contrario, reserva esta mansion celeste á una raza de seres diferentes con exclusión de todas las demás. Nótese como surge esta creencia.

Podemos hallar desde los tiempos más remotos hasta las épocas de barbarie, la prueba de que se buscaban los lugares más elevados para establecer en ellos defensas: testigos los castillos de la Gran Bretaña, las fortalezas modernas y antiguas del Rhin, las ciudades y aldeas de la Edad Media que coronan las alturas en Italia, finalmente las plazas fuertes colgadas en las cumbres de picos casi inaccesibles en todo el Oriente, y testigos también las defensas que se encuentran por todas partes en que el hombre, salido del salvajismo primitivo, ha encontrado lugares favorables para la resistencia. Godoi describe una fortaleza edificada sobre una altura por los antiguos Mejicanos. Los Chibchas construyen trincheras en las alturas; por último, los Peruanos fortificaban las cumbres de las montañas con fosos y muros. Así es como invasores é invadidos sacan partido de las eminencias que dominan los alrededores. Los restos de los campamentos romanos que existen en las colinas de Inglaterra, recuerdan esta costumbre. Evidentemente, durante las luchas armadas y las conquistas que sin cesar se han sucedido, frecuentemente ha acontecido que la raza conquistadora se ha apoderado de una posición elevada. Un relato del rajah Brooke, en el que refiere la lucha prolongada que sostuvo contra un jefe montañés de Borneo, nos enseña lo que probablemente debía suceder cuando la posición quedaba en manos de la raza superior. Su adversario había fortificado una roca casi inaccesible en la cumbre del Sadak, montaña de unos 5,000 piés de elevación y rodeada de otras más bajas. El rajah Brooke la llama «sombria y grandiosa;» las leyendas de los Dayaks la designan con el nombre del «Gran Monte, en el que ningún enemigo osa aventurarse.» La primera tentativa de tomar aquella fortaleza fracasó por completo; la segunda, en la que se empleó un pequeño mortero, tampoco dió resultado, y gracias solo á un obús que se pudo arrastrar hasta allí á costa de esfuerzos y en medio de la gritería de un centenar de Dayaks, tuvo feliz éxito la tercera.

El jefe á quien la potencia de los ingenios de una raza civilizada había logrado arrojar de su guarida, se hacía naturalmente temer de la vecindad. «Abuelo Rentap,» como le llamaban, era de peligrosa violencia: mataba á veces á sus propios hombres; no respetaba las costumbres establecidas: entre

otras inconveniencias había cometido la de haber tomado segunda mujer en un pueblo que rechazaba su alianza; la había robado y conducido á su guarida; había repudiado á la vieja y hecho de la jóven la reina de Sadok. Ayudado por sus lugartenientes Layang, Nonang y Loyioh, que mandaban los puestos avanzados, era invencible para todos los potentados indígenas. Convertíase ya en objeto de supersticiosas creencias. «Decíase que una misteriosa relacion unia las serpientes á los abuelos de Rentap, ó que las almas de éstos residían en aquellos repugnantes animales.»

Mas si en lugar de un jefe indígena, que vivía de aquella manera en las nubes (que dificultaron el último ataque), que bajaba de vez en cuando para ejecutar algun acto de venganza, que á su alrededor todo lo sumió en el terror, y que daba lugar á relatos ya pasados á la categoría de creencias supersticiosas, suponemos jefes que pertenecieran á una raza de invasores, importadores de conocimientos, de oficios, de artes, de industrias, desconocidos de los indígenas, que pasaran por seres de orden superior, como los hombres civilizados lo son hoy para los salvajes, confesemos que ciertamente se habrían producido leyendas en elogio de aquella raza superior establecida en el cielo. Puesto que estos Dayaks creen á los dioses tan poco diferentes de los hombres, que suponen que el dios y creador supremo Tapa «mora en una casa semejante á la de un Malayo... y que hasta está vestido á la moda de los Dayaks; nos parece seguro que el pueblo habría atribuido carácter divino á un conquistador colocado en estas condiciones. Por último, si el país fuera de aquellos en que la sequía favorece la creencia en los que se atribuyen virtud para provocar las lluvias y ven los «rebaños celestes,» si como entre los Zulúes, se creía en los doctores de aguas, que tienen el poder de «luchar contra el relámpago y el granizo,» y de «lanzar el relámpago á otro doctor para experimentarlo,» el jefe que viviera sobre un pico á cuyo alrededor se formasen las nubes y del cual partiesen las tormentas, sería sin vacilacion considerado como autor de estos cambios, como un dios que tenía en su mano el rayo y los relámpagos (1).

Y no se limitaría la muchedumbre á atribuirle este poder, sino que diría que á veces había descendido de aquella mansion celestial, que se había dejado

(1) Hay una creencia de los antiguos Mejanos que sirve de ejemplo á esta idea de que los seres que viven en los lugares en que se forman las nubes son sus autores. *Ialoc*, llamado tambien *Ialocateuctli* (Señor del paraíso), era el dios del agua. Llamábasele el dios que fertiliza la tierra... el dios que reside en las más altas montañas, en donde de ordinario se forman las nubes... Los antiguos creían que otros dioses residían en todas las altas montañas, y que estaban sometidos á *Ialoc*. Se les reverenciaba no solamente como á los dioses del agua, sino tambien como á los dioses de las montañas. (*Clavigero*, lib. VI, cap. 4 y 5.)

ver de los hombres y que había tenido relaciones amorosas con sus hijas. Que pasé algun tiempo por estas leyendas, que se exageren y se idealicen, que se amplifiquen los hechos como la hazaña que Samson realizó con la quijada de un borrico, como las proezas de Aquiles, como las grandes empresas de Ramsés que por sí solo mató cien mil enemigos, y llegamos á la idea de que el cielo es la morada de los seres sobrehumanos que gobiernan las fuerzas de la naturaleza y que castigan á los hombres (1).

Bien sé que se reprochará mi *evhemerismo* y que los mitólogos, cuyas ideas están hoy en moda, creerán haber echado con esto por tierra mis explicaciones. No expongo aquí esta idea sino incidentalmente y sin pruebas. Poco á poco, luego que haya mostrado que está acorde con todos los testimonios directos que tenemos sobre los modos primitivos del pensamiento, espero mostrar que los numerosos hechos que las razas civilizadas ó á medio civilizar nos presentan, no prestan ningun apoyo á las teorías reinantes de los mitólogos, y que estas teorías están paralelamente en desacuerdo con las leyes de la evolucion mental.

La conclusión general á que llegamos es que las ideas de otro mundo pasan por diversos periodos de desenvolvimiento. En primer lugar, se concibe la mansion de los muertos como idéntica á la de los vivos; pero poco á poco ambas moradas se separan una de otra; la de los muertos retrocede hasta los bosques vecinos, hasta los bosques lejanos, hasta las colinas y las montañas que se pierden en lontananza. La creencia segun la que el muerto va á reunirse con sus antepasados, da lugar á nuevas divergencias que varían entre sí como las tradiciones de los pueblos. Los descendientes sedentarios de un pueblo de trogloditas creen que los muertos vuelven á otro mundo subterráneo, de donde salieron; pero las razas emigrantes colocan su otro mundo en la patria de los antepasados á que el alma debe ir despues de la muerte, viajando por tierra ó descendiendo por el curso de un río, ó atravesando el mar, segun la situacion de esta patria. Las sociedades compuestas de conquistadores y de conquistados, que no tienen sobre sus orígenes la misma tradicion, tienen otros varios mundos distintos; éstos se diferencian: uno es superior, otro inferior, segun la respectiva situacion de las dos razas. Que estos pueblos mezclados sean conquis-

(1) Puédese añadir que, una vez formada, esta idea no queda limitada á la localidad en que tuvo origen. Estallan tormentas en el cielo lejos de aquella fortaleza de rocas, y se considerarán como pruebas de que el Dios Tonante tiene acceso á otras partes del cielo; por consiguiente, emigrando la raza, la emigracion de aquel dios estaria demostrada por las tempestades que se desencadenaban en pos de la raza, y se acabaría por darle por mansion las montañas de donde de ordinario descendían las tormentas.

tados por inmigrantes más poderosos, y se introducen nuevas complicaciones en las ideas del otro mundo, y se establecen otras nuevas más ó menos semejantes. Finalmente, en los países en que el lugar de los muertos de la clase superior está situado en las cumbres de las montañas, una transición fácil transporta la mansión de los muertos á los cielos, primeramente en un lugar del cielo próximo á las montañas, luego indistintamente en todas partes. De suerte que la pretendida residencia de los muertos, idéntica en un principio á la de los vivos, se aleja poco á poco en el pensamiento; la distancia que las separa y la dirección que lleva son cada vez más vagas, y al fin, el espíritu cesa de asignarle un lugar en el espacio.

Todas estas concepciones, que tienen sus raíces en la idea que primitivamente se ha formado de la muerte, sufren simultáneamente modificaciones progresivas análogas á las de la idea de muerte. La resurrección, considerada al principio como inmediata, se aplaza indefinidamente; el espíritu, concebido en un principio por completo sustancial, se va trasmutando para convertirse en cosa etérea; la otra vida, que primeramente reproducía con exactitud el tipo de la primera, se separa de ésta cada vez más, y el lugar que ocupa pasa de uno muy próximo á una parte de la que nada se sabe y nada se imagina.



## CAPÍTULO V

IDEAS DE AGENTES SOBRENATURALES.— AGENTES SOBRENATURALES COMO PRESUNTAS CAUSAS DE EPILEPSIA, CONVULSIONES, DELIRIO, LOCURA, ENFERMEDADES Y MUERTE

**L**as palabras de que nos servimos, cuyo sentido especializado corresponde á nuestras ideas, no representan fielmente las de los salvajes, y á menudo las representan en sentido contrario. La palabra sobrenatural no tiene sentido sino por antítesis á natural, y mientras el espíritu no ha llegado á parecer, la idea de causación ordenada que llamamos natural, no podía tener ninguna idea de lo que llamamos sobrenatural. Me veo por lo tanto obligado á